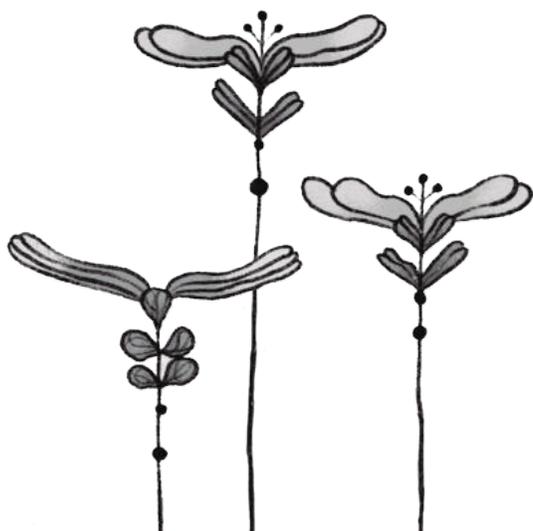




Marta Cerviño
**EL PRECIO
DE UN ÁNGEL
DE COBRE**

*Ilustrado por
Nuvia Tamarit*







fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **www.fundacion-sm.org**

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: abril de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Marta Cerviño Solana, 2019
© de las ilustraciones: Núria Tamarit, 2019
© Ediciones SM, 2019
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9182-532-6
Depósito legal: M-6764-2019
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para el usuario *cellostargalactica*
de *Fanfiction.com*.

Su historia *The Toymaker and the Widow*
inspiró la figura del buhonero cuentacuentos.

Para Heather Dale,
por las horas que he pasado escribiendo
con su música como aislante
del resto del mundo.

Para mis dos abuelas: la una, la mejor crítica;
la otra, la más ferviente lectora.

Para Noemí.

Para Inés y Blanca.

Para Wolf.

Para mis otros seis.

Para mi Musa.

Y para ti, quienquiera que seas.

Bienvenido.



La casa está construida a las afueras del pueblo, lejos del ruido del mercado, del humo de las chimeneas y, sobre todo, de la vista de los curiosos.

Lo primero que veréis de ella es el tejado de pizarra, o al menos la parte que sobresale entre los abetos. Los dueños plantaron arbustos de boj junto a las rejas de la valla que rodea el terreno, arbustos que han crecido hasta convertirse en un infranqueable muro verde por delante el metal. Si lograsedis cruzar la puerta, encontraríais ante vuestros ojos un inmenso jardín lleno de flores de mil colores: rosas, amapolas, margaritas, tulipanes, jazmines...

Los árboles crecen altos, y los arbustos, frondosos, hábilmente recortados para que el jardín parezca habitado por un sinfín de animales tales como conejos, leones, flamencos, patos, osos...

Hay también un estanque de piedra con una fuente que representa a una mujer desnuda, con un cántaro inclinado entre las manos de forma que el agua cae desde él. Un par de pececillos, de esos rojos y gorditos que suelen habitar todos los estanques domésticos, nadan plácidamente en este, bien cuidados y alimentados diariamente. Pero ¿por quién?

Ahora que estáis junto al estanque, fijaos en el camino por el que habéis venido. ¿Lo veis? Es un camino de piedra, impecable, sin una sola mala hierba. Se ramifica desde la verja de la en-

trada. Os ha traído hasta la fuente, pero también lleva hacia un columpio de madera bajo un abeto, a un banco en el rincón donde las rosas huelen mejor, hacia la entrada de lo que parece un pequeño laberinto de boj...

Pero lo que nos interesa ahora es que el camino principal conduce directo a la puerta de la casa de la que ya os he hablado, la casa que es el centro de este hermoso jardín.

Bien, aquí transcurre nuestra historia, que ocurrió hace mucho mucho tiempo. Y, como todas las buenas historias, solo puede empezar de una forma:

Érase una vez...

Capítulo I

La vela de la Galatea

Érase una vez una muchacha que nunca había salido de su casa.

Sé lo que pensaréis: que una malvada madrastra o un cruel tutor la mantenían prisionera, o incluso que una horrible maldición pesaba sobre ella.

No era así.

Era ella la que no quería salir de su mansión. ¿Para qué, si dentro tenía todo lo que podía desear?

Vivía en aquella enorme casa con la única compañía de un viejo perro de caza que ya solo cazaba ratones, y su nodriza que, fiel a su joven ama, iba y venía cada día al mercado a traer todo lo necesario para que la damita no tuviese que salir a ese exterior que tanto la aterraba.

Se había hecho mayor para las lecciones de su anciano profesor, que ya no sabía qué más podía enseñarle. La muchacha era lista, y había aprendido a leer, escribir y algunas nociones básicas de botánica y de ornitología. Sabía latín y griego, era capaz de tocar complejas piezas en el piano, tenía una caligrafía impecable y una perfecta dicción...

... Pero su mundo se acababa en la puerta del jardín. Las únicas flores que conocía eran las que allí crecían, y el pedazo de cielo estrellado que se veía por entre las ramas de los árboles y a través de la ventana de su alcoba era todo el conocimiento de astronomía que precisaba.

Puesto que nada conocía del exterior, vivía feliz en su pequeño universo, convencida de que tremendos peligros podrían ocurrirle si osaba cruzar la verja de hierro forjado.

Hasta aquel primer viernes, a finales de octubre.

Aquel día, mientras su nodriza estaba fuera, alguien tocó la campana de la reja del jardín.

La joven se asustó: ¿quién llamaba, si ella no esperaba a nadie?

Como hemos dicho, su profesor ya no venía a la casa; el afinador del hermoso piano de cola hacía poco que había cumplido con su deber, y no habían vuelto a llamarlo; también el deshollinador había despejado las chimeneas recientemente; la criada que limpiaba solo venía los martes, jueves y sábados, y tampoco el jardinero pasaba los viernes.

Así pues, ¿quién podría ser?

Cabía la posibilidad de que su buena nodriza estuviese ya de vuelta y hubiese olvidado las llaves, pero hacía poco que había salido y solía permanecer en el pueblo toda la mañana.

Comprobando que su vestido negro estaba impoluto, se echó por encima un chal del mismo color, cubrió sus manos con unos guantes de encaje, también negros, cogió su sombrilla y salió al jardín.

—¿Quién está ahí? —dijo con cautela, acercándose a la verja.

—¡Buenos días, bella dama! —respondió una voz, y ella pudo ver entonces que se trataba de un hombre joven—. Hace un día maravilloso, y más si se refleja en esos ojos tan bonitos.

Ligeramente ruborizada, la joven se apartó un paso de la verja.

—¿Quién sois? —preguntó con voz temblorosa.

El hombre fingió quitarse un sombrero que no tenía e hizo una exagerada reverencia, apartando la capa hacia atrás con una mano.

—Soy buhonero, mi señora —respondió—. Traigo artículos de lugares muy lejanos, y a muy buen precio. ¿Deseáis tal vez sedas? ¿Cajas de ébano? ¿Estatuillas de oro y marfil? ¿O tal vez...?

Mientras hablaba, la joven le examinó de abajo arriba, desde los pantalones de rayas verticales azules y amarillas hasta el aro de su oreja izquierda; lo único de un color uniforme era su camisa blanca, remangada hasta los codos. La cubría con un chaleco azul de ojales plateados, y ribetes y adornos en amarillo. No calzaba los clásicos zapatos de punta vuelta que caracterizaban a los bufones de los pocos libros que había leído sobre el tema, sino que llevaba botas de suela gruesa, ideales para largas caminatas.

Y luego estaba la capa. Parecía como si alguien hubiese cortado pedazos de tela aquí y allá y los hubiera cosido todos juntos para formar un largo manto de retales. El hombre se la sujetaba al cuerpo con dos correas de cuero que le cruzaban el pecho en forma de equis y se abrochaban a la espalda, sin duda con una hebilla. La capucha descansaba sobre sus hombros.

En medio de todo aquel colorido, resaltaban la piel morena y curtida por el sol, las manos grandes y expresivas y un rostro agradable, cubierto apenas por una leve sombra de barba de no más de dos días. El pelo, negrísimo, era prácticamente lo más indomable de su persona, pues se ondulaba en remolinos sobre su nuca, sus orejas y su frente.

¿Lo que más le llamó la atención? Sus ojos. Ella nunca había visto el azul de los océanos, así que solo pudo compararlos con dos enormes zafiros.

La joven apenas podría hilar un puñado de adjetivos para referirse a él, pues era una auténtica rareza.